



ABC DE LAS COSAS NATURALES

ANTONIO DE LOS REYES

ABC DE LAS COSAS NATURALES

ANTONIO DE LOS REYES



MURCIA
2018

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro
Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

“ABC de las cosas naturales”
© Antonio de los Reyes, 2018
© De esta edición, Editorial Tirano Banderas, 2018
Grupo Editorial Tres y Libros, SL
Murcia, España.

www.editorialtiranobanderas.es
editorialtiranobanderas@gmail.com

Primera edición: diciembre de 2018
IBIC: YF
ISBN: 978-84-949731-0-9
Depósito legal: MU 1606-2018

Printed in Spain - Impreso en España

A Paco López Mengual

ÍNDICE

Prólogo	13
La rosa	19

ABC de las cosas naturales

Licencia literaria	29
Licencia religiosa	31
Licencia política	33
Sordo	35
Los asfíticos	39
El tabaco	43
Los amores	47
Las plantas	55
El cura malandrín	60
A tierra santa	63
Las gafas	67
Los pastores	71
Las mancebias	76
El jugador	82
El robo	87

El monstruo	92
Los descabezados	100
El orinar	106
El lobo	113
El zahorí	116
Los ajoaos	120
Afrodisíacos	126
La Cruz de Caravaca	133
Los vampiros	138
Las piedras	143
Por tierra de moros	150
La mujer y el hombre	154
Debo ser de otro mundo	159
La otra vida	164

Anexo

Última justificación	171
Papeles que Arbolario conoció y que en la última hoja de su libro anota, con comentarios, para que sirvan, dice, de ejemplo y ayuda	173

Por el aire que respiro,
por el agua que bebo
no toleraré
ninguna objeción
sobre lo que voy a decir.

Pitágoras

Que la lengua no corra
por delante de tu pensamiento

Cleóbulo

(Uno de los 22 que fue considerado entre los
siete sabios de Grecia)

La Ciencia es el Mito... probado

José Perona

PRÓLOGO

Por trasladar el grueso más inútil de libros de mi biblioteca, para abastecer de novelas, poesías, relatos de viajes y demás entretenimientos lectores, a la Casa de las Estrellas, en el paraje denominado Cañada Morcillo, de Molina, me vi obligado a ir repasando títulos y contenidos.

El trabajo fue arduo, pues no hay mayor problemas que elegir entre aquellas cosas que uno, poco a poco y al cabo de muchos años, ha ido adquiriendo como si en ello le fuese algo más que el afán coleccionista.

Entre los múltiples tomos apartados para una mejor consulta, encontré un librito que en un principio me llamó la atención, no por su título, A B C DE LAS COSAS NATURALES, sino porque al mirar entre sus páginas leí el siguiente párrafo:

«Y Santiago, el de Santomera, abrió mucho la boca; pues no supo si lo que tenía delante eran hojas de abedul o a la moza más galana que imaginarse pueda. El se limitó a aplicar el conjuro; pero no lo hizo bien del todo y la cosa quedó en si es no es...»

Más adelante decía:

Di Polonia, qué haces
¿duermes o velas?
¡Ay! yo, señora mía,
ni duermo ni velo
que de un dolor de muelas
me estoy muriendo.
Por el fruto bendito
que dio mi vientre
ya más no te duelan
quijal ni diente.

Y diciendo esta jaculatoria, la tía Fuensanta dio una vuelta alrededor de Doloricas rociándole del agua que contenía un caldero, y palpándole las mejillas llegó donde estaba lo hinchado. Agachóse y tomó del suelo un guijarro que aplicó al sitio mientras rezaba: «Polonia, Polonia, abogada de las muelas, a esta mujer líbrala del dolor de ellas».

A poco levantóse Doloricas y se fue tan contenta no sin antes agradecer a Tía Fuensanta su curamiento con un par de gallinas.

Pensé apartar el librejo para, con más tranquilidad, hojearlo, pero la lectura de la portada, curiosa en demasía, me hizo detenerme.

Dice así:

A B C

DE LAS COSAS NATURALES

obra instructiva, aleccionadora, de suma virtud y eficacia, en la que se ve como la Naturaleza puede obrar prodigios con la sola ayuda de quienes tienen la GRACIA de curar, sanar y echar demonios valiéndose de las cosas que la

Madre Naturaleza ofrece a todo cristiano;
como un sin número de prácticas para
librarse de hechizos, embrujos y otros
entuertos y sucesos que aquí se cuentan.

Escrito por PEDRO ARBOLARIO.

Se dio a la imprenta en la Ciudad de
Villena, por no hacerlo en la del autor
que desea permanecer escondido.

Al fin decidí leer más despacio y, apeándome de la escalera —no sin gran disgusto de mi mujer empeñada en que pronto desaparezcan los montones que sobre mesas, sillas y aun suelo, había ido colocando, en ese desordenado orden que solemos tener los bibliófilos— me arrellané en un sillón.

El afán por averiguar procedencia, origen y demás razones de los libros, me llevo a la meditación de buscar quien podría ser el autor, pues aquello de “Arbolario” no encaja con la intención del texto, o acaso si y dé cuenta de la sabiduría del escritor que tras ocultarse quiere dejar bien sentado que el trabajo es más de botarate alocado y sin seso que de persona equilibrada y en su sano juicio. O bien, ser la feliz obra de un herbolario de bastantes cortas luces que, a lo mismo que desea mantenerse en el anonimato, ofrece un golpe de erudición apareciendo como amante de los árboles pese a la alta estima en que se tiene cuando dice: «pues tan lleno de sabiduría me encuentro en ocasiones, que pongo en duda ser yo de este mundo».

En las dos causas el autor no merece algún aplauso, aunque no deja de ser curiosa y harto rara la publicación.

Aún así, aplacé para después el indagar a tamaño

sujeto, pues creí más útil leer el tomito para buscar entre sus páginas algún signo de su procedencia, aunque no dudo de su origen murciano y, desde luego, no de la capital. Ello lo intuyo porque al hacer referencia a cierto cura malandrín de Lorca —del que se contará su historia— dice ser de un pueblo próximo al suyo; y aún más, una de las dedicatorias apunta: «es mi paisano», según fray Juan Palomeque.

La fecha de su nacimiento quedará clara cuando acudamos a Hetálides: 1806.

Por otro lado su lugar de residencia debía ser de un mediano vivir, ya que, como escribe en la portada, llevó su libro a Villena «por no hacerlo en el del autor», de lo cual se deduce que había, al menos, una imprenta en su pueblo, a no ser que intentase un homenaje al marqués de Villena, que harta fama tiene de brujo.

Me llamó la atención la capital del marquesado por otro motivo: andaba yo, otrora, coleccionando periódicos y noté que desde Yecla y Jumilla se enviaban a editar a Villena los semanarios más extremistas y duros que no recibían autorización o no se atrevían a solicitarla en sus pueblos. Entre ellos estaba *El Correo Regional* de 1887. En él, y en un recuadro, se lee: «acaba de ser impreso en estos talleres un raro libro no sólo por su contenido sino por el número de ejemplares, ya que la edición consta de diez. De ellos seis han sido remitidos, a ruegos del autor, a las bibliotecas más importantes del mundo como son las de Londres, Bruselas, Nueva York, Moscú, París y Vaticano, pues la obra está considerada por el escritor de alto valor moral e instructiva, ya que resalta los poderes de la Naturaleza y la sabiduría de los hombres, poniendo de manifiesto la grandeza de Dios».

En el ejemplar que vi algún chusco anotó: «ingresó inmediatamente en el *Índice*».

De los otros cuatro, uno fue remitido a Cartagena, a Domingo Joder, capitán de las Reales Fragatas; otro al abacero Paco Fernández de la Pinchosa de Totana; el tercero a Jumilla a fray Blas de Herrera y Monjío capellán de la ermita de Santa Ana, y el cuarto se dejó en la imprenta hasta que el autor lo solicitase.

Algún tiempo después, cuando decidí tomar en serio la investigación de lo que a todas luces era una rareza bibliográfica, di con un nieto del impresor villenense que me permitió indagar entre los restos apolillados del taller. Tras no pocos esfuerzos hallé nada menos que el original, aunque no apareció el cuarto librito.

No quiero dejar en olvido que escribí a las bibliotecas mencionadas y en todas me contestaron que no disponían del tal. En Londres alegaron que acaso en los fondos aún no vistos estuviera, pero que esa búsqueda no podía hacerse por carecer en esos momentos del numerario preciso. Del Vaticano no sabían ni que hubiese estado en el *Índice*, y me pidieron una fotocopia del texto para su mejor consulta. La de Nueva York me aconsejó dirigirme a la Sociedad de Hispanistas, y ésta, a vuelta de correo, solicitó le indicase el valor del cheque por el cual le ofertaba la obra, lamentando no poder remitirme más de mil dólares, aunque sabían valía más. Como es lógico no acepté.

El mamotreto se hallaba entre restos de papel, maderas rotas, hierros y una rueda de goma maciza que perteneció a un *Hispano-Suiza*, dentro de una carpeta con cubiertas de tablas enlazadas por cintas que en su tiempo fueron azules. Su tamaño era plie-

go. Estaba escrito en afiladas letras inglesas, que debieron seguir los severos cánones de algún *Manual de Escritura* al uso. Las versales aparecían en tinta verde indeleble. Pesaba más de cinco kilos pues entre sus páginas se intercalaban muestras de plantas, restos de animales, torpes dibujos de extrañas figuras, alguna fotografía en color sepia desvaído y, como a modo de notas, avisos o referencias, recortes de periódicos, retazos de cartas, hojas y capítulos de libros, y aún estos completos, páginas de códices, extractos de actas, informes de la Inquisición, todo lo cual daba al legajo un desmesurado volumen, amén de ser partes y materias con las que nada podía hacer el impresor.

Me alegró mucho el encuentro y más al saber que podía disponer libremente de él. Lo trasladé a la *Casa de las Estrellas* —mi casa de campo— para más seguridad, aún sin abrirlo del todo, y no sin antes hacer rápidamente alguna que otra anotación en mi libreta. Ello fue una suerte, pues un día de frío invernal encendí lumbre con buenos tacos de troncos de algarrobos que me trajeron de Extremadura, y una gran llamarada atacó el escrito que había depositado inconscientemente en la repisa de la chimenea para tenerlo más a mano, ardiendo como yesca.

Me dieron ganas de llorar, pues acababa de perder un montón de recetas, fórmulas, responsos, jaculatorias, actas y legajos de imposible recuperación, pues Dios sabe de dónde demonios los habría conseguido el tal Arbolario.

Antonio de los Reyes

LA ROSA

A la vuelta de la portada figuraba una gran rosa que en el original mostraba un color en cada pétalo, y bajo la tal una explicación de los colores. Decía así: rojo, por la rosa rubiginosa, la más originaria de ellas, de buen olor; amarillo, por la sulfurosa persa, que los enamorados dan para recibir a cambio atenciones adecuadas; blanca, por la de Jericó, que es de grande estima, no tanto por su hermosura y fragancia como porque estando muy cerrada, y apretada, que parece una biznaga, puesta en agua se abre y extiende, quedando hermosísima, y cuando una mujer está de parto, delante de la mujer, que la está mirando, luego que la rosa comienza a abrir y extender sus ramas, la mujer también se dispone para el parto, abriéndosele las carnes, y pare con menos dolores y peligro de morir. Pero adviértese que al punto que acaba de parir, se ha de sacar la rosa del agua para que vuelva a cerrarse, y la mujer vuelva a su ser, como estaba antes; pero si la rosa no se saca del agua, la mujer no vuelve a su ser. Carmesí, por la poliandra; granate, por la almizclera; verde, por las musgosas que son buenas para saber cuando va a llover; púrpura, por la rosa de la Navidad que al ponerlas en agua, a la hora que parió la Virgen, se abren y se cierran que es una maravilla. Han de cogerse en agosto, entre las fiestas de la Virgen, Ascen-

sión y Natividad, sino no tienen este prodigio. Oro, por la flor papal que Su Santidad bendice el cuarto domingo de cuaresma poniendo en ella bálsamo y almizcle; después la obsequia a reyes y reinas. Como caído y mirando hacia el suelo, un pétalo de eléboro falso porque sus raíces son aptas para pócimas y ungüentos, va muy bien para los sanguíneos pues les hace bajar la color. Es flor fea, rosácea, sucia, fétida y venenosa.

Debajo y en hermosa letra gótica, en tinta roja, una leyenda mágica: “Gobernaré en España”.

En el librito solo se veían los contornos de los pétalos, y bajo ellos unas grandes púas recordando a las espinas. No falta la leyenda, claro.

Es un misterio el uso y abuso del rojo; pues la costumbre de los alemanes —dice Francisco Cascales— y de todas aquellas partes septentrionales, es que a los verdugos los vistan de rojo, sin poder llevar vestidos de otro color y no hay hombre ni mujer, por bajos y humildes que sean, que quieran llevar vestido rojo, aunque se lo den dado, y se dejarán matar antes que rendirse a llevarlo. Para horror y miedo del uso de este terrorífico color, cuando las mujeres casadas quieren espantar y arredrar de sí a los hombres lascivos que las pretenden, colócanse en la cabeza un flameo o toca roja con lo que ahuyentan a los mujeriegos. No sé —concluye Arbolario— porqué en estos tiempos existe tanto entusiasmo por este color que sólo desgracias puede traer.

La tinta roja debe prepararse de la siguiente manera: limaduras de oro, bronce y cobre en partes iguales, un gramo; azúcar, diez gramos; goma arábica, 10 gramos; anilina roja, diez gramos; anilina amarilla, 2 gramos; alcohol, 100 gramos y agua natural 500; teñiéndolo todo a mano para no tener que interrumpir

las experiencias. Se preparan también dos cacerolas y una cuchara de madera de olivo. El primer sábado de mes se deberá recoger del río más cercano un litro de agua antes de que salga el sol, procurando volver a casa en el momento en que éste empieza a asomar por Oriente. En la cacerola se colocan las limaduras metálicas, el alcohol y las anilinas, y en la otra el azúcar, la goma y el agua. Revuélvanse bien las dos mezclas hasta que se disuelvan por completo, utilizando la cuchara de madera. Después se colocarán los recipientes en un lugar donde puedan recibir de arriba los rayos del sol, retirándolos al anochecer (en el momento en que se pone el sol) a una habitación oscura. El domingo por la mañana, al amanecer, se mezcla el contenido de ambas cacerolas, poniéndolo todo al fuego al despuntar el sol y procurando que los rayos del astro caigan sobre el recipiente para que desciendan sobre él parte de sus preciosas virtudes. Dejarlo a fuego lento durante media hora larga, revolviéndolo de vez en cuando y diciendo al mismo tiempo: «Esta tinta que preparé a la salida del sol y que contiene los metales rojos y amarillos, así como los colores correspondientes, deseo que se impregne de los misteriosos efluvios y virtudes del astro luminoso que irradia la vida y la salud sobre todos los seres orgánicos e inorgánicos que pueblan el planeta donde habita. Por ello ruego humildemente a la Suprema Divinidad que rige y gobierna el Universo entero, le imprima sus dones, de los que dependerán los efectos maravillosos y sobrenaturales que yo espero obtener por su mediación».

No fue un misterio, y ahora tampoco, la alusión a los colores amarillo y rojo que tan unidos está a la gloria de las historias españolas.